

Historias recobradas

LA GUERRA

Día de la victoria y de dolor inmenso

Aleksandr Solzhenitsin

Intervención televisiva de A. Solzhenitsin del 15 de mayo de 1995, canal de Ostánkino.

Yo, un oficial recién apresado en el frente, oí las salvas de la victoria desde mi celda en la Lubianka. Por entre las rejas vi los fuegos artificiales que celebraban la victoria. Sentí orgullo, alegría y amargura. Sentí amargura porque ya entonces sabía cual había sido el precio de aquella guerra.

Lógicamente, la guerra que libramos contra Napoleón al igual que la librada contra Alemania son realmente monumentales y nadie ni ninguna investigación podrá afectar su significado histórico. En ambas impresiona la envergadura de nuestra retirada y la envergadura de la ofensiva que le siguió. Pero la segunda de ellas es incomparablemente más trágica. En 1100 años Rusia no vertió nunca tal cantidad de sangre en una guerra tan desgastadora, con tantas víctimas humanas.

Al paso del tiempo esta guerra es vista de distinta forma, por sus participantes y sus contemporáneos. La actual generación no puede imaginar cómo durante cuatro años el ejército atravesó campos minados, soportó el fuego de ametralladoras, forzó alambradas, fue bombardeado desde el aire y sufrió el fuego artillero, salvó obstáculos e incendios, tomó plazas y supo retenerlas. Cuesta trabajo imaginar algo así.

A la actual generación también le cuesta imaginarse ciertas cosas. ¿Cuál era la composición de la población en 1941? Es incorrecto intentar comprender la guerra sólo a partir del 22 de junio de 1941. Debemos darnos cuenta que para aquel entonces la mitad de nuestra población no recordaba ya la

vida prerrevolucionaria; aquella Rusia no hambrienta, pacífica sin delaciones, en la que nadie renegaba de sus parientes y nadie aguardaba toda la noche por aquellos golpes en la puerta. . . Es decir, una parte de la población recordaba todo aquello y había soportado los 25 años de poder soviético: el terror de la CHEKA, el terror del GUEPEU, el terror del NKVD, la insensata expropiación de 15 millones de kulaks que alimentaban al país. . . Rusia se había puesto una zancadilla a sí misma, se había quedado sin pan. . . La colectivización había sido ficticia: Octubre dio la tierra para después quitarla. Luego, lógicamente, sobrevino el hambre, y no sólo en Ucrania, sino también en la región del Volga. El hambre afectó a todo el país en los años treinta.

Después vino el año 37, tan célebre que no quisiera abundar sobre él. Más tarde todos fueron testigos de aquella mediocre y vergonzosa campaña finlandesa, en la que nuestro inmenso ejército hizo vanos esfuerzos para romper la línea de Mannerheim y resultó evidente que no estamos preparados para una guerra. Una ensordecedora propaganda era vertida sobre nuestras cabezas, pero más de la mitad de nuestra población no creía en aquella propaganda.

Creía en ella la juventud, los entusiastas de la guerra civil y de la idea comunista. Los demás no le daban ningún crédito. Y no creyeron en lo único que debían haber tomado por cierto: que Hitler realmente quería destruirnos, pretendía destruirnos como raza, como nación, convertirnos en esclavos, en estiércol. Gran parte de la población se alegró cuando comenzó la guerra: "Les llegó por fin su hora a los de arriba. Ahora sí que los tumban".

Nadie creía que los alemanes traerían tal destrucción. Conocíamos a los alemanes de la anterior guerra. Peleaban como todo el mundo. Cientos de miles de nuestros combatientes fueron hechos prisioneros por los alemanes. Cientos de miles de alemanes vivieron en cautiverio en Rusia. Gentes común y corrientes. ¿Quién podía saber aquello, pensar en ello seriamente, crearlo?

Imaginemos la situación de los soldados. En el 41 nuestros soldados fueron abandonados sin organización, sin aviación, sin apoyo del aire, sin mando. Divisiones enteras, ejércitos enteros eran abandonados a su suerte. Y exigían: "Debes suicidarte; el suicidio es la única salida" ¿Con qué objetivo? ¿Por qué el soldado debía dar su vida por aquel régimen? En 1941 se entregaron prisioneros tres millones y medio de nuestros soldados ¡Tres millones y medio!

Quien desee estudiar la Gran Guerra Patria en las enciclopedias hoy existentes no podrá enterarse de muchas cosas ni comprender muchas cosas. Nunca sabrán ni comprenderán que fueron los “milicias populares”; como, a última hora, desesperados, reunieron a personas de edad media, sin preparación militar alguna, sin armamentos y sin equipamiento, que fueron enviados como carne de cañón para detener el avance enemigo al menos un día, mientras el *politburó* pensaba qué hacer, huir, quizá a algún lado.

No hallarán en la Enciclopedia mención a la orden secreta de núm. 001919 que Stalin firmó el 12 de septiembre de 1941 y que prescribía la creación de destacamentos de contención con tropas del NKVD que debían disparar sobre los soldados en retirada. Algo nunca visto en ningún ejército del mundo.

Concedamos que en 1941 estaban desconcertados, pero en 1942 ya no reinaba el desconcierto y Stalin, a quien se le subió a la cabeza el hecho de que no habían entregado a Moscú, comenzó una loca ofensiva sin preparación alguna: lanzó el segundo ejército, una formación de élite, a los pantanos cerca de Staraya Rus, donde pereció sin ayuda del aire, sin ningún tipo de ayuda.

A Mejlis, su preferido, le ordenó forzar un desembarco a través del estrecho Kerch e insensatamente, sin ninguna preparación, varios cientos de miles de soldados, fueron lanzados en las cercanías de Kerch y completamente exterminados. Stalin forzó ofensivas débilmente preparadas en las direcciones de Jarkov, Lozov, Barvenko. Nos metíamos en un saco, para ser rodeados y luego, gracias a la supremacía de la aviación alemana, ser bombardeados, exterminados y hechos prisioneros. Nosotros mismos, gracias a esas locas acciones de Stalin, preparamos nuestro retroceso hacia el sur, hasta la cordillera del Cáucaso y el Volga.

Durante el segundo año de la contienda, en la primavera del 42, cerca de millón y medio de nuestros hombres se entregaron prisioneros. En general cayeron prisioneros cerca de cinco millones y tres millones de ellos perecieron en cautiverio. Yo conocí bien a esos muchachos, mis coetáneos. En muchas cárceles y en los transportes tuve ocasión de conocerlos y escuchar sus relatos.

Estos muchachos, nuestros jóvenes soldados, fueron traicionados en tres ocasiones por nuestra dirigencia. La primera vez fue en los campos de

combate, cuando los dejaron sin mando. La segunda vez fue cuando la dirigencia staliniana (*sic*) declaró: “No tenemos prisioneros. El que se entrega prisionero es un traidor”. Y después, en los campos de concentración alemanes, hambrientos, donde todos los prisioneros del mundo recibían ayuda de sus parientes a través de la Cruz Roja según lo acordado en las convenciones internacionales. Los nuestros, como perros hambrientos, rebuscaban en la basura, escarbaban los muladares. Y hasta los polacos les lanzaban comida, hasta los yugoslavos tenían comida y se la lanzaban a través de las alambradas.

Hagamos memoria: ¿conocemos algún caso de traición durante la guerra napoleónica? Ni una persona. ¿Y en nuestra guerra? Más de un millón. Es decir, divisiones enteras, que se formaron para luchar contra su gobierno. ¿Y los destacamentos que organizaron muchas de nuestras naciones? Varios cientos de miles servían en el ejército alemán como voluntarios ¿Cómo pudo ocurrir esto? Así era nuestro régimen, sólo esto lo explica. Pero, por otra parte, a otros prisioneros que no habían ayudado a los alemanes, que su única culpa era haber quedado vivos y que con bastante frecuencia huían y regresaban a los suyos, eran encarcelados y traicionados por tercera vez. En el mejor de los casos pasaban por los campos de filtrado y después eran liberados. Otros recibían 10 años, 25 años o eran fusilados.

Lo más asombroso es que actualmente recibo cartas de estas personas. Ellos, que nunca traicionaron a nadie, hoy día son considerados traidores a la patria y siguen sin ser rehabilitados. Entregan sus peticiones en las fiscalías y nuestros estúpidos fiscales dicen: “Pero si lo confesó todo”. No entienden cómo los obligaban a confesar y, como resultado, estas personas siguen sin ser rehabilitadas.

“A cualquier precio” fue el lema stalinista que recibieron los generales y estos prendían en sus guerreras la orden de Suvorov, la orden de Kutuzov, pues habían olvidado que en el monumento a Kutuzov rezaba: “Por haber alcanzado gran éxito militar con mínimas bajas”. En contraste, nuestras bajas no pudieron ser mayores.

En sus memorias a Zhukov se le escapa, quiero decir no llega a confesarlo, que podían haber tomado Berlín evitando el enfrentamiento frontal. Desde diciembre de 1944, después del fracaso de la ofensiva de Arden, Hitler estaba condenado. Restaba esperar sólo unos meses para ver hacia qué

lado se entregaría. Pero sabíamos perfectamente que se entregaría a los aliados; quiere decir: nunca hubiéramos tomado Berlín ni creado la RDA. Esta es la razón por la cual nuestra ofensiva fue frontal, a través de las alturas de Zeelovst¹ donde perdimos cerca de medio millón de efectivos. ¡Y cuanto duele morir al final de la guerra! Cuando has combatido toda la guerra y tienes que morir en el último momento.

Hoy dicen: “Nada ni nadie ha sido olvidado” ¡Sin embargo, es mucho lo que se ha olvidado! En el bosque Myasnoy, hacia el noroeste, donde pereció el segundo ejército de choque, hay zonas minadas que los lugareños temen frecuentar y donde yacen los esqueletos insepultos de nuestros soldados junto a nuestros tanques oxidados.

Recibo cartas de muchos veteranos. He aquí lo que me escribe Leonov, dos veces héroe de la Unión Soviética: “Nos han olvidado y no le interesamos a nadie”. Lo mismo escriben otros: “Nos han abandonado, destrozaron nuestras vidas...” Son inválidos de 2º y 3º grado. Pero no sólo los han olvidado a ellos: los veteranos se sienten ofendidos por la actitud hacia el ejército que prevalece hoy, a 50 años de la victoria.

Nuestro ejército ha sido saqueado y desorganizado, esto no es un secreto para nadie. Y además ha sido ridiculizado, cubierto de oprobio e incluso ha sido calumniado por cierta parte de la sociedad y de la prensa. ¿Han perdido el juicio quienes hacen esto? ¿No piensan en el futuro? ¿Calculan que seremos ocupados? ¿Y por qué no habrían de venir a invadirnos si ya no tenemos ejército? ¿Por qué no habrían de venir?

Hoy oímos decir: “No entregaremos a nuestros hijos al ejército”. No lo entregarán al nuestro, pero cuando venga el ejército de ocupación se los entregará sin chistar, sin manifestaciones, para que le sirvan como lacayos. En 1939, Stalin interrumpió las conversaciones con la delegación militar de Inglaterra y Francia y, preparándose para las negociaciones con Hitler, declaró: “La URSS nunca será un bracero de Occidente”. La historia se burló de aquello. Fuimos un bracero, y de los peores.

¿Y quién, si no nosotros, salvó a Occidente? ¿Quién salvó a aquel ejército moribundo? En Occidente hoy escuchamos ciertas burlas, cálculos e investigaciones que pretenden minimizar nuestro aporte, disminuir nuestro

¹ Traducción fonética.

papel y, hasta ha llegado a afirmar que sin la Unión Soviética se las hubieran arreglado. ¡Me gustaría ver cómo se las hubieran arreglado sin la Unión Soviética!

Lamentablemente hay muchas fuerzas en Occidente contentas con nuestra difícil situación actual. Entorpecen el restablecimiento de los contactos entre nuestras exrepúblicas, aumentan la separación, buscan enemistarnos para que nos debilitemos y quizás, nos fragmentemos aún más, caigamos en una decadencia total de Occidente y no signifiquemos nada en la arena mundial. Existen tales “ex”. El ex Kissinger, el ex Brzezinski. Estos “ex” cuentan de gran autoridad e intervienen en Estados Unidos y hablan de cómo desgastar a Rusia, como debilitarla más. Esto pasa porque en su locura y miopía, Europa y Estados Unidos no imaginan qué les espera en el siglo XXI. Se las verán negras en el siglo XXI, e incluso en el primer cuarto del siglo y necesitarán aliarse a Rusia; pero hoy, miopemente, no se percatan de esto.

¿Quién perdió aquella guerra? Alemania, según tengo entendido. Entonces ¿Por qué el ministro alemán de relaciones exteriores nos da indicaciones sobre cómo debemos desarrollar la región de Kaliningrado; sobre que ésta debería desarrollarse por separado de Rusia, como las repúblicas del Báltico?

Recientemente nuestra Iglesia decretó que a partir de este año el día 9 de mayo será recordado como un día de dolor, de recordación de los caídos por la fe y por la patria. ¡Qué magnífica idea y cuanta falta nos hacía! Porque en todos los países existe esa efeméride, y todos los países la destacan con ceremonias y luto. Sólo nosotros, bajo el poder soviético no pensamos en nuestros caídos, al igual que habíamos hecho con nuestros prisioneros: se murieron y a otra cosa, ¿qué puede importarnos? Ahora ya lo sabemos: es el día de la victoria, pero es también un día de gran dolor, ya que, fuera de que supimos conservar a nuestro estado y protegimos también a nuestra nación de ser exterminada, no recibimos nada a cambio, sólo la esclavitud del koljoz. Nosotros, que sufrimos tan cuantiosas pérdidas, que perdimos a tantas personas, inclinamos nuestra frente ante quienes ofrendaron sus vidas, ante las viudas, ante los veteranos, ante la memoria de todos ellos. ❧